

Dédalo (fragmento)

Daniel Camilo Bogoya

1 Dédalo. La partida

A los viejos les gusta contar la historia, ven en su recuerdo una lección, ven quizá las ruinas del genio de Dédalo, llegado a estos lugares como un proscrito. Pero ¿qué pasó? En realidad, no importa. Si los demás olvidan el asesinato, él también tendrá que olvidar.

Mientras lucha por vaciar la mente, sigue el flotar de la quilla rompiendo las olas. Deja atrás la escollera y las fortificaciones del puerto. Deja atrás cuarenta años. La casa atiborrada de inventos, animales de madera, dibujos de ciudades por venir. Durante horas ve pasar las islas desperdigadas en el mar. Islas que parecen las vértebras de un fósil o el espinazo de un animal sin fin que flota en la superficie. Ni siquiera una galera o un trirreme escoltan al asesino. Le asignaron escasamente un humilde pesquero. 1.900 estadios separan a Atenas, su querida Atenas, de la única isla que aceptó recibirlo. Sentado en la cubierta sucia, la fetidez aplaca los recuerdos, ciega los sentidos, entorpece la memoria. El arquitecto se deja mecer. Duerme, o cree dormir.

Sin embargo, en la noche mediterránea, sin el freno de la conciencia, un solo instante retorna. Vuelve el rostro del sobrino lleno de terror, de acné y de cabellos plagados de piojos. Vuelve el rumor del cuerpo de un imberbe que agita los brazos y las piernas a medida que cae desde la cima de la Acrópolis. Ha sido empujado, sin lástima, por el hombre notable que va camino al exilio.

Cuando Dédalo despierta, una franja de luz golpea el horizonte. Se ven los pájaros volar sin esfuerzo.

En la memoria se amontonan las imágenes. Dédalo recuerda a su sobrino de doce años, el pelo sucio, las rodillas cubiertas de cicatrices, una quemadura en el dorso de la mano que exhibe con orgullo. Quiere volverse un hombre con la ayuda de su tío y por eso la madre lo acompaña a cruzar los basureros de Atenas, a brincar entre los puestos de mercado en busca de la casa de su futuro tutor. A pesar de que los hermanos viven en la misma ciudad, no se frecuentan, los separan la fama y las comodidades. Dédalo recibe al joven, siempre ha querido enseñar los recursos de su arte, gozar del prestigio de tener un discípulo. Una sola condición le impone a su hermana:

—Por aquí no vuelvas.

Luego de sellar el acuerdo, la madre y el hijo se despiden. Ignoran que el roce de sus mejillas será la forma del adiós.

La convivencia en la casa de Dédalo es la de dos hombres adultos. Gran parte del día trabajan en la penumbra del taller. Si la noche es fresca deambulan por las casas de los amigos, beben y cuentan historias, beben y regresan a dormir, uno junto al otro, bajo la sombra de una estatua incompleta o los ojos titilantes de un pájaro.

Muy pronto, el discípulo ve las cosas como sustancias maleables: un diente de animal es

un cuchillo, una cuerda se transforma en una pelota de mimbre. Con una mirada de asombro, el alumno pasa los días observando al maestro. Aunque, a pesar de sus breves años, también lo mira con el escepticismo y el rececho que invaden a un adolescente al seguir un juego demasiadas veces jugado en la infancia. Dédalo dice que todo lo que hace la naturaleza lo puede imitar el hombre.

—¿También volar?

Con un gesto de cabeza responde el tío, sintiendo en el pecho una punzada.

El discípulo no tiene que esmerarse en mostrar su talento. Una tarde se pone a jugar con dos palitos de madera. Los amarra en una de las puntas usando un tallo de orégano.

Mantiene un palito quieto y dibuja con el otro un círculo. Para mejorar el equilibrio coloca un travesaño. Agrega una punta de caliza a uno de los extremos. Inventa el compás. Una mañana en la que afila un cuchillo, juega a convertir la lama de hierro en la cresta de una montaña. Inventa la sierra. Una era vendrá en la que todos los hombres dependan de estos artefactos. Dédalo pasa una noche en el taller, a solas, rodeado de tablillas en las que escribe los hallazgos del sobrino: "Sierras y compases, casa Dédalo". Al alba distribuye la tablilla entre los mercaderes: "Mi última invención", dice, con una sonrisa de hombre que ha perdido el aplomo.

En las tabernas se murmura que el genio de Dédalo ya tiene sucesor. En las tabernas, el mercado, los lupanares, en la boca de los mensajeros que van y vienen gritando las últimas noticias. Y es así como el arquitecto, el hombre hábil y sagaz, previendo la fama de su aprendiz, se dirige con él hasta las fortificaciones de Atenas, elevadas sobre el abismo. Suben al punto más alto de la ciudad, y mientras el sobrino observa

de manera desprevenida la magnificencia de Atenas, el tamaño de los lejanos transeúntes, mientras intenta oír al flautista de turbante azul que divierte al pueblo, Dédalo, con su garra de ave rapaz, lo empuja al precipicio.

Al bajar de la Acrópolis, el arquitecto decide esconder el cadáver. Un grupo de atenienses lo sorprende, sus manos removiendo la tierra áspera, endurecida por la sequía, los brazos arañados y el pelo lleno de polvo.

—¿Qué estás enterrando? -le preguntan.

Dédalo responde sin vacilar:

—Una serpiente.

2 Flora. La llegada

Cuando salga de aquí, porque saldré, al menos alguien, un policía, me dirá que le cuente lo que pasó, y tal vez empezaré por el instante en que me quitan el pasamontañas y abro los ojos, la luz me encandilla hasta que distingo un establo, pequeño, las plistas de caballo secas, deben ser las cinco de la tarde, algo así, la luz se filtra por el techo, entra por los muros, una mujer se pone enfrente, he debido huir en ese momento, fue su apariencia lo que me asustó, era demasiado gorda, nunca había visto una mujer así, mucho menos agacharse, porque se agacha, se dobla en dos y levanta una puerta escondida en el piso, una puerta que rechina y huele a humedad y oculta un hueco, me dice que le entregue las manillas y los aretes, y luego me dice que entre, me empuja con alguna parte de su mano que siento en la espalda, no es un túnel, es como un escondite para los niños, mis pies tocan un fondo de barro pero tengo la mitad del cuerpo fuera, me dice que me arrodille, le obedezco, me dice que ponga la cabeza entre las rodillas, obedezco de nuevo, y de un golpe cierra la puerta del escondite, oigo el

clic del candado, y por primera vez estoy sola, me quedo así, arrodillada, sintiendo el roce de la puerta en la coronilla, no me muevo, hasta que las rodillas me duelen y me doy cuenta de que puedo acostarme, de que la oscuridad es cada vez mayor y pronto se hará de noche, me llamo Flora, tengo veintiún años, Flora Leticia Ramírez, y acaban de secuestrarme

cuando me pidan que cuente lo que pasó diré que el pasamontañas, diré que el cosquilleo en la frente, hablaré de la cordillera, de la mujer que dijo que iba a darme un caldo, ayer lo dijo, tal vez anoche, o anteanoche, no sé, pero sé que hubo un tiroteo, se oían las alas de un helicóptero, después no se oían ni las ranas, me soltarán cuando sepan que no soy Margarita Herrera, no tengo sus ojos vivaces ni las tetas postizas, yo soy la hija de un profesor, de un vendedor de libros, me soltarán cuando sepan que cada seis meses nos cortan el teléfono, aquí entra una línea de luz que indica la mañana, debo mirar esa línea como si estuviera acurrucada mirando el mar

tengo miedo de no estar sola, de estirar los pies, que haya algo al final del escondite, grito al escuchar los helicópteros, pasan luego de bombardear el monte, un error de puntería y me quedo encerrada para siempre

a mi papá le dicen el virrey, usted tiene razón, pero es por la pierna de palo que termina en un botín de cuero, elegante, como los zapatos de los virreyes, lo llaman así por la pierna y porque es profesor de griego, desempleado, un virrey tan pobre que no se ha cambiado la pierna que traquea, por eso vivimos en Matanzas, un barrio que se inunda cuando llueve, ¿usted conoce la capital?, es un barrio con humor, es por eso que los negocios se llaman Hotel Imperial, Cigarrería Las Reinas, un humor de pobres, un barrio en que los virreyes parecen mendigos, le voy a dar mi dirección, ¿tiene un lápiz?, cuando no está en la casa mi

papá está en el centro, vende libros en un sótano de la carrera novena, tiene un puestito de libros de segunda, códigos y manuales escolares, va tres veces por semana, dice que lo deprime vender libros, mi papá nunca ha sido un buen comerciante, la guardiana se ríe, se le mueven los gorditos, y me dice que mi papá es muchas cosas, un hombre que vende, compra, que tiene casa tienda y trastienda, le digo que así es cuando uno es humilde

no soy Margarita, no tengo un primo en Massachusetts, y me dice la guardiana que no le importa quién sea yo, le basta con respetar las reglas, con tener que cuidarme y preparar un caldo, le basta con una vocecita que se queje, un cuerpecito que vigilar, dice que está muy sola, muy solita en medio de tantos árboles y animales chillando en la mañana, lo dice mientras juega con la linterna y demora la luz en el jean roto, en mis manos sin anillos, mientras la luz resbala por mis piernas y me hace entrar de nuevo al escondite, y vuelve a dejarme sola, sola con la promesa del caldo, sola con mi manera de pasar el tiempo

llevo dos o tres días aquí, tal vez cuatro días de hambre y sed, me falta la voz de mi papá, el calor de su voz grave, apasionada, contándome antiguas leyendas

y Flora repite en voz baja las historias de su padre, repite las historias con un afán difícil de entender, como si en esos relatos se depositara un secreto, un murmullo que mece la infancia y la juventud y hace posible dormir cuando la angustia, la desazón, el asco, la realidad son demasiado grandes [...]

Daniel Camilo Bogoya es doctor en literatura francesa por la Universidad de París III (Sorbonne Nouvelle). Ha publicado los libros de cuentos *El soñador* y *Ética para infractores*.